Archivo de la Frontera

Emilio Sola

Argelia, entre el desierto y el mar

IV-I parte, pp. 127-153

Capítulo III: ARGELIA ROMANA. CIRTA

Edic. Francesco A. Genzone
francesco.genzone.ilfrido@gmail.com

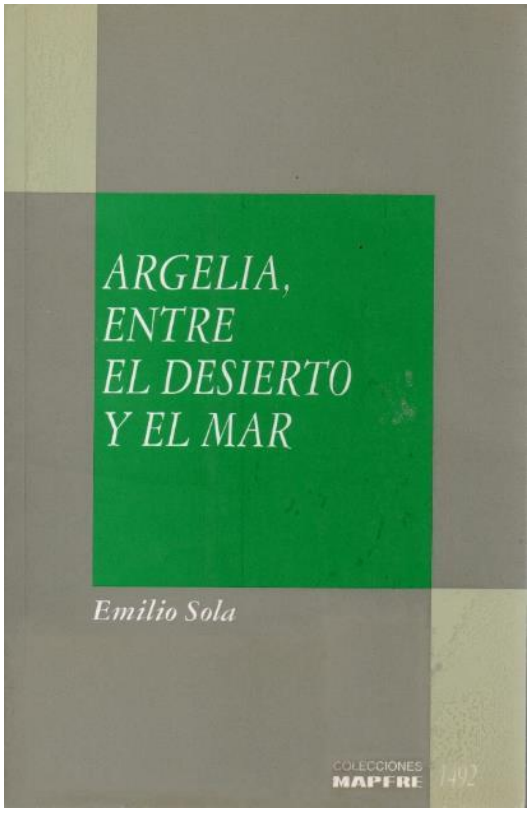
Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 30/06/2018
Número de páginas: 29
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

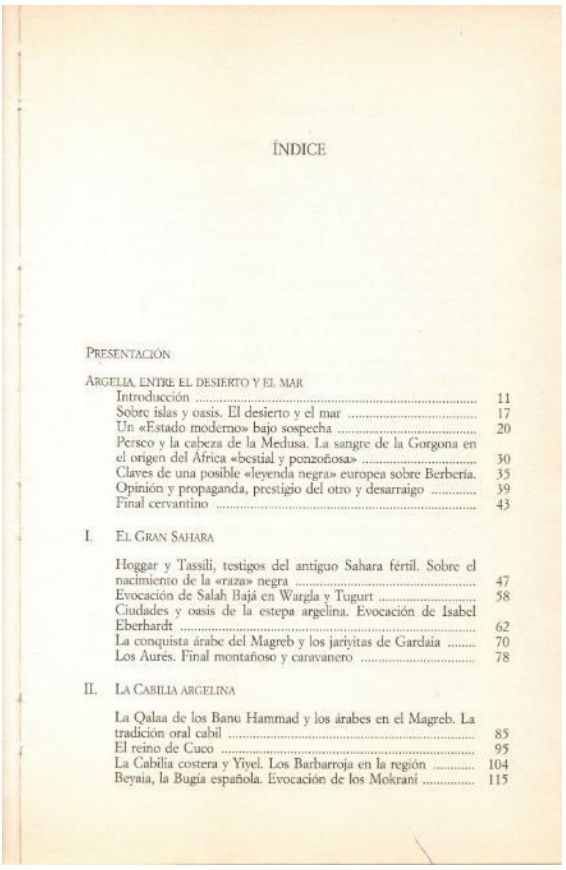
Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu





ÍNDICE

PRESENTACIÓN

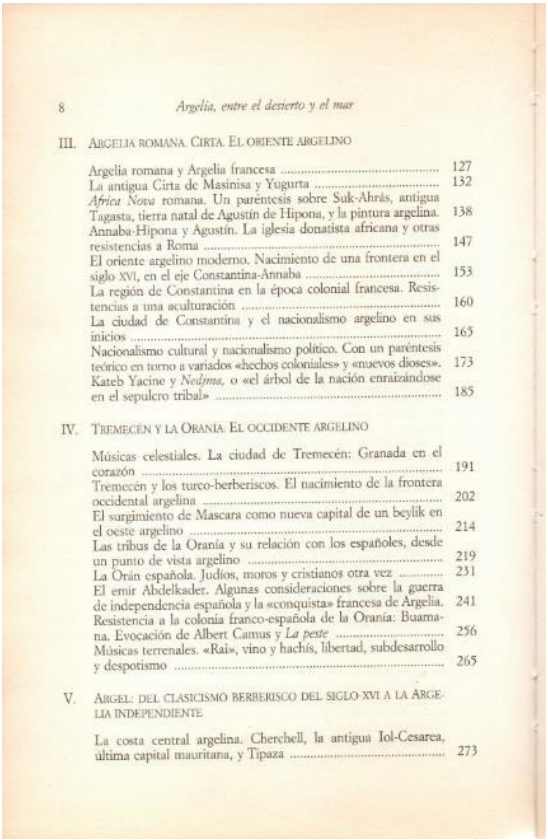
ARGELIA, ENTRE EL DESIERTO Y EL MAR
Introducción 11
Sobre islas y oasis. El desierto y el mar 17
Un «Estado moderno» bajo sospecha 20
Perseo y la cabeza de la Medusa. La sangre de la Gorgona en el origen del África «bestial y ponzoñosa» 30
Claves de una posible «leyenda negra» europea sobre Berbería. 35
Opinión y propaganda, prestigio del otro y desarraigo 39
Final cervantino 43

I. EL GRAN SAHARA

Hoggar y Tassili, testigos del antiguo Sahara fértil. Sobre el nacimiento de la «raza» negra 47
Evocación de Salah Bajá en Wargla y Tugurt 58
Ciudades y oasis de la estepa argelina. Evocación de Isabel Eberhardt 62
La conquista árabe del Magreb y los jariyitas de Gardaia 70
Los Aurés. Final montañoso y caravanero 78

II. LA CABILIA ARGELINA

La Qalaa de los Banu Hammad y los árabes en el Magreb. La tradición oral cabil 85
El reino de Cuco 95
La Cabilia costera y Yiyel. Los Barbarroja en la región 104
Beyaia, la Bugía española. Evocación de los Mokrani 115



III. ARGELIA ROMANA. CIRTA. EL ORIENTE ARGELINO

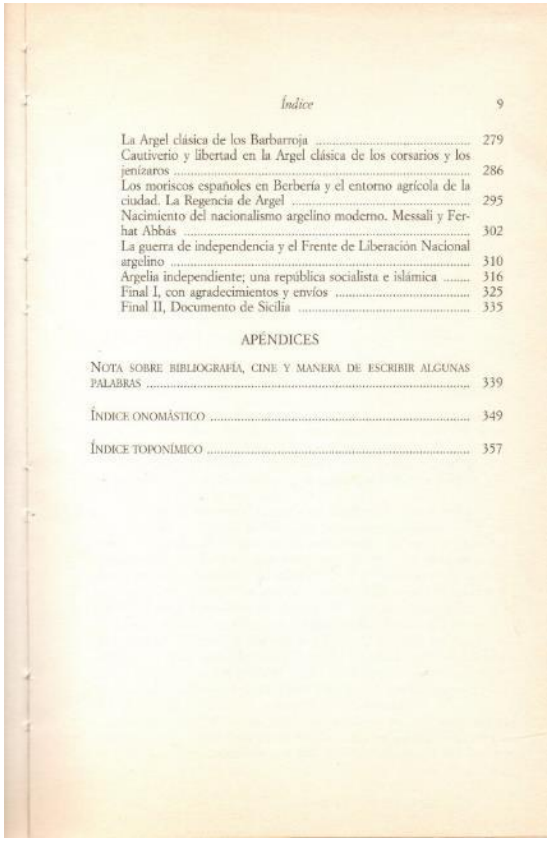
Argelia romana y Argelia francesa 127
La antigua Cirta de Masinisa y Yugurta 132
Africa Nova romana. Un paréntesis sobre Suk-Ahrás, antigua Tagasta, tierra natal de Agustín de Hipona, y la pintura argelina. 138
Annaba-Hipona y Agustín. La iglesia donatista africana y otras resistencias a Roma 147
El oriente argelino moderno. Nacimiento de una frontera en el siglo XVI, en el eje Constantina-Annaba 153
La región de Constantina en la época colonial francesa. Resistencias a una aculturación 160
La ciudad de Constantina y el nacionalismo argelino en sus inicios 165
Nacionalismo cultural y nacionalismo político. Con un paréntesis teórico en torno a variados «hechos coloniales» y «nuevos dioses». 173
Kateb Yacine y *Nedjma*, o «el árbol de la nación enraizándose en el sepulcro tribal» 185

IV. TREMECÉN Y LA ORANÍA. EL OCCIDENTE ARGELINO

Músicas celestiales. La ciudad de Tremecén: Granada en el corazón 191
Tremecén y los turco-berberiscos. El nacimiento de la frontera occidental argelina 202
El surgimiento de Mascara como nueva capital de un beylik en el oeste argelino 214
Las tribus de la Orania y su relación con los españoles, desde un punto de vista argelino 219
La Orán española. Judíos, moros y cristianos otra vez 231
El emir Abdelkader. Algunas consideraciones sobre la guerra de independencia española y la «conquista» francesa de Argelia. 241
Resistencia a la colonia franco-española de la Orania: Buamana. Evocación de Albert Camus y *La peste* 256
Músicas terrenales. «Rai», vino y hachís, libertad, subdesarrollo y despotismo 265

V. ARGEL: DEL CLASICISMO BERBERISCO DEL SIGLO XVI A LA ARGELIA INDEPENDIENTE

La costa central argelina. Cherchell, la antigua Iol-Cesarea, última capital mauritana, y Tipaza 273



La Argel clásica de los Barbarroja 279
Cautiverio y libertad en la Argel clásica de los corsarios y los jenízaros 286
Los moriscos españoles en Berbería y el entorno agrícola de la ciudad. La Regencia de Argel 295
Nacimiento del nacionalismo argelino moderno. Messali y Ferhat Abbás 302
La guerra de independencia y el Frente de Liberación Nacional argelino 310
Argelia independiente; una república socialista e islámica 316
Final I, con agradecimientos y envíos 325
Final II, Documento de Sicilia 335

APÉNDICES

NOTA SOBRE BIBLIOGRAFÍA, CINE Y MANERA DE ESCRIBIR ALGUNAS PALABRAS 339

ÍNDICE ONOMÁSTICO 349

ÍNDICE TOPONÍMICO 357

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

III

ARGELIA ROMANA. CIRTA. EL ORIENTE ARGELINO

Argelia romana y Argelia francesa

Un capítulo brillante del pasado argelino es, sin duda, su período romano, entre el siglo II antes de Cristo y el V después de Cristo, medio milenio de romanización y convivencia, más o menos relajada y fructuosa, de bereberes y «latinos». Es posible que la «latinidad» del bereber argelino de la era cristiana no fuera menor que la del celtíbero, guerrero de espada corta, un poco navajera, y rodela breve. Tal vez fuera superior incluso, salvo en el caso de esa Bética andaluza patria de Trajano y Séneca. Agustín de Hipona o Apuleyo de Madauros eran un ejemplo espléndido de madurez cultural de un pueblo romanizado y, de acuerdo con los cánones del momento, de una cultura clásica de hondura emocionante. Eran los antiguos «berberiscos» y Apuleyo y Agustín dos nombres ilustres de su contribución a aquella «modernidad» civilizada que iba a derrumbarse estrepitosamente ante el embate de otros «bárbaros» norteños, menos «civilizados» por aquella gran cultura greco-latina que los «berber» del sur. Bárbaros norteños que también alcanzaron, en su destructiva eclosión, a aquel «granero de Roma», de espléndidas ciudades; y con uno de sus pueblos más destrozadores, los vándalos, que tras arrasar a su paso no pocos lugares romanizados y cultos de la Península Ibérica, se instalaron en la ribera sur del Mediterráneo, en el oriente argelino y Túnez. En la zona de la antigua Cartago, la enemiga de Roma sobre cuyas cenizas habría de surgir la «romanidad»; o «latinidad», que es lo mismo. Un enfrentamiento norte-sur, de ambas riberas del mar, que iba a permanecer por los siglos, como si de una escisión esquizoide del *Mare Nostrum* se tratara.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

Hay un hermoso artículo del profesor Hugues Didier, durante años en la Universidad de Orán, hombre con sólida formación clásica y amplios estudios de teología cristiana —así como con gran curiosidad por la teología musulmana, tras años en tierras islámicas—, que muestra de manera brillante cómo fue imposible una cristiandad que se expresara en árabe y una comunidad musulmana que se expresara en «romance»; el caso de Malta hasta hoy, en donde en la ceremonia máxima del culto cristiano, la misa, se invoca a Alá, que es el nombre maltés de Dios, y el caso de los textos «aljamiados» castellano-aragoneses, salidos de la comunidad morisca española, serían las dos pequeñas excepciones. A las que habrían de añadirse, sin duda alguna, otras pequeñas comunidades cristianas —maronitas o coptos, entre otras menores— que aún subsisten en Irak, Siria, Egipto y otras zonas orientales. Muy poco para una enorme posibilidad cultural. A la identificación entre fe y ley, de consecuencias bélicas enormes, la había precedido la identificación entre fe y lengua, mucho más sibilina y de consecuencias menos identificables aunque no por eso menos perdurables.

Y pienso que el período colonial europeo en el mundo árabe-musulmán —del que Berbería era una parte nada desdeñable por su personalidad peculiar y cosmopolita—, el francés en Argelia también, vino a destrozar lo que pacientemente, a través de los siglos, habían logrado los ribereños mediterráneos: comprender que sus «leyes» respectivas, hasta entonces sacralizadas, podían combinarse con otra «ley» superior, tal vez un derecho internacional por encima de la confesionalidad religiosa, por encima de un cristianismo ya escindido y por encima de un Islam también bastante diversificado. La tolerancia de las tres religiones del Libro —la hebrea, la cristiana y la musulmana— así parece indicarlo. El hecho de que los turcos otomanos hubieran llegado como gentes ajenas culturalmente al mundo árabe-islámico oriental y al cristiano-oriental, que a su vez tenían en común raíces clásicas-helenísticas —como muestran esos estudios sobre la transmisión de una parte nada desdeñable de la filosofía griega a Europa a través del mundo musulmán y de Al Andalus—, es significativo; puede decirse que posibilitó ese sincretismo característico del Imperio Otomano. El sultán de Turquía, después de Solimán el Kanuni o el Legislador, contemporáneo del emperador Carlos de Habsburgo, se había ido afianzando en ese convencimiento, sin duda; en algo que los países europeos descubrieron al fin tras la dramática escisión que supuso la Reforma protestante. En el

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

siglo XVIII, en un proceso al que se había anticipado Venecia primero y Francia más tarde, los países cristianos europeos y los otomanos y sus más diversas regiones y gobiernos, firmaban paces que desterraban el corso y normalizaban el comercio y la diplomacia, al margen de leyes religiosas enfrentadas.

A la Regencia de Argel, con amplia autonomía con respecto a Estambul, hubieron de presionarla con insistencia hasta que aceptó firmar esa paz con España, de renuncia al corso y apertura de consulados comerciales y diplomáticos. El paso de Orán —aquella Gibraltar, en poder de los ingleses desde principios del siglo, berberisca— a la Regencia cerraba un capítulo de intervención española en la costa de la Berbería central argelina. Y tras el desarreglo general que fueron las guerras napoleónicas, en Europa pareció abrirse de nuevo la furia expansionista.

Algunas manifestaciones de época de aquella Francia que iniciaba el período colonial en Berbería son claras. «—¿Qué hacemos en África?... —Ustedes continúan la obra de Godofredo, Luis VII y San Luis.» Es la respuesta de un viajero francés, Poujoulat, a una pregunta del mariscal Bugeaud, gobernador general de Argel. Era en 1844, en el momento más crítico de la conquista francesa del país, y Poujoulat era un cristiano con vocación misionera, amigo del militar gobernador Bugeaud y del obispo de Argel Dupuch, que concluía convencido: «Nuestra guerra de África, pues, es una continuación de las Cruzadas». Una nueva progresión en el proceso de identificación lengua —fe religiosa y ley— fe: la identificación fe-civilización:

> Lo que está en juego (en la guerra de África-Argelia) es la santa causa de la civilización, la causa inmortal de las ideas cristianas a las cuales Dios ha prometido el imperio del mundo y de cuya causa el régimen francés es el sostén providencial.

Tal vez sea una voz fronteriza, pero es en la frontera en donde se puede captar mejor el perfil de la normalidad.

> ¡Salud, Iglesia nueva de África, hija de los Cipriano y de los Agustín! Tú has sido extraída de las tumbas por el genio y la fe de mi país: me enorgullezco de veros renacer bajo la bandera de la Francia.

La exaltación de algunos sectores católicos franceses fue grande; todavía en 1958 Luc J. Lefèvre se expresaba en términos de «combate

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de la Cruz contra la Media Luna», aunque sectores más cultos católicos, como el representado por M. Garrigou-Lagrange, advertían del peligro nacional-católico e integrista, que claramente irrumpe en la guerra de independencia de Argelia a finales de los años cincuenta de nuestro siglo. Pero si en los sectores católicos podía surgir este enfoque retrógado, propio de siglos anteriores, a todo más del inicio de la época colonial española en América, en los sectores más «modernistas», laicos, socialistas o republicanos, la ambigüedad era mayor. Mostefá Lacheraf reprocha a un hombre como Blanqui haber hecho juicios atinados más o menos de Polonia o de otros países europeos, y no haber tenido la más mínima sensibilidad para la guerra de África, la aventura colonial francesa en Argelia. También las acciones militares atroces de sansimonianos, optimistas frente al progreso humano, como Lamoricière, del anciano y dulce mariscal Valée, del republicano progresista Cavaignac. Precisamente de este último militar refinado y culto, entusiasta de la antigüedad greco-romana, entusiasmado ante una gran roca de Mouzaia en la que estaba grabada una cruz paleocristiana, se dice que exclamó en éxtasis patriótico: «Después de todo, puesto que ella (Roma) ha sido la dueña aquí, ¿por qué hace falta recomenzar?». Como a Cavaignac, el pasado romano berberisco comenzó a entusiasmar a los hombres cultos y la arqueología clásica romana puso al descubierto impresionantes ciudades hasta muy al sur en la estepa argelina, como Timgad, casi intacta bajo las arenas del desierto, cerca de Batna, durante siglos. Fue una asociación de ideas infantil la de proponer el pasado romano-cristiano como precedente de la civilizadora acción francesa en la región. Colonos europeos, los «rumi», de romano, para los berberiscos, serían los civilizadores, con sus nuevos hábitos socio-económicos y de vida cotidiana, serían los garantes de esa acción civilizadora. Y la arqueología romana hizo maravillas. Las grandes urbes frente al mar, como Annaba (Hipona), Tipaza o Cherchell, las ciudades en el centro de las ricas llanuras cerealeras, como la hermosísima Yamila, Timgad o Guelma, cerca de las aguas termales del Baño de los Malditos, las esteparias Madauros, Lambese o Tebessa, la legendaria Cirta... El medio milenio de romanización en Berbería había sido tan fecundo que un milenio después aún mostraba sus bellas galas a sus herederos europeos. El paso había sido dado. Fe y lengua, fe y ley, fe y civilización podían significar lo mismo, asombrosa trinidad.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

Tal vez a ello se deba ahora que el argelino actual, de la Argelia independiente del último cuarto de siglo ya largo, aún frescas en la memoria las palabras y acciones de los últimos colonos franceses enardecidos, no guste demasiado de un canto a ese rico pasado romano, de latinidad; y se tengan que aferrar a ese pasado islamo-árabe como aglutinador todavía, cuando ya parece claro que esa fase ya la tenía superada la «civilización» mediterránea. No obstante, las ciudades romanas argelinas siguen hoy exhibiendo sus galas espléndidas, frente al mar, entre trigales, en la dura estepa o asediadas por las arenas del Sahara, sigue constituyendo su visita un itinerario perfecto hacia el tiempo casi primigenio, como en Tassili, ya no sólo tiempo recuperado o tiempo detenido. El mismo paisaje agrario —esas llanuras cereales con olivos y acebuches desperdigados como al azar— y los mismos parajes, su orientación, su monte protector, tienen el tamaño inconfundible de los tiempos antiguos y medios. Mucho más que en el norte, desbordado por una «civilización» de desarrollo verdaderamente anticlásico, si no monstruoso, necesitado de una expansión permanente que amenaza con engullirlo todo. Pura posmodernidad y hasta neo y posbarroco, como gustan ahora de etiquetar fenómenos socio-culturales globales que esconden la cabeza debajo del ala, las más de las veces, ante el abismo norte-sur que se ha comenzado a ensanchar y que puede resultar catastrófico —un catastrofismo más— que se siga ahondando hasta convertirse en sima abisal.

En definitiva: que el pasado romano berberisco era, y es, de tal envergadura en cuanto a su significado y magnitud, que, como Pierre Vilar apuntó para la historia de la *Hispania* romana, bien cabría hablar de una verdadera Edad de Oro; durante casi medio milenio. Tras las guerras iniciales, en principio en el marco del enfrentamiento romano-cartaginés, unos siglos de *pax romana*, no sin enormes tensiones, precedieron al nuevo desorden de la irrupción de los pueblos germánicos, los verdaderos bárbaros procedentes del norte. Y el nuevo camino divergente tras una nueva irrupción oriental y beduina que llegó hasta la antigua *Hispania*. El período romano berberisco, pues, a pesar del desprestigio originado por el fenómeno colonial francés en las gentes de la región, fue determinante también de alguna manera y ahí sigue, por toda la geografía norteña del país, espléndido aún en sus ruinas. Aunque la arqueología colonial, todavía a finales del siglo XIX, mantenía que entre las tribus nómadas «los primeros habitantes sedentarios fue-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

ron los soldados romanos liberados del servicio»; son palabras de J. Toutain, quien llegaba a justificar la colonización francesa misma con estos argumentos «arqueológicos»:

> A medida que conocemos mejor la obra cumplida por los romanos en sus provincias africanas, mejor podemos dirigir nuestros esfuerzos, y más rápido, a asegurar el éxito.

Un arqueólogo de nuestro siglo H. G. Pflaum, tiene ya la perspectiva suficiente como para invertir justamente aquella opinión:

> Los romanos, benefactores de pueblos conquistados fuera de Italia, a los cuales aportaban, con la paz, el progreso y la civilización, he aquí un concepto que ha periclitado. Pertenece a la era colonial y muere con ella.

La antigua Cirta de Masinisa y Yugurta

En el oriente de Argelia, el centro político principal se situó con frecuencia en la actual Constantina, Qasentina, la antigua Cirta, semilegendaria sobre la gran roca en la que, desde lo hondo del tajo, parece que sólo podrían habitar las águilas. Antes de la llegada de los romanos a la región, Cirta ya ostentó la capitalidad de los Masiles, frente a los Masaesiles, cuyo rey Syphax, desde su capital en el occidente de Argelia, la no menos legendaria Siga —pudiera ser en el entorno de Nedroma, en la frontera marroquí—, ocupó Cirta. En el marco de las guerras púnicas, y tras un hábil cambio de bando, Masinisa, aliado al final del bando vencedor romano, se instaló en Cirta y la convirtió en renovada capital de un amplísimo territorio que llegaba desde la actual frontera marroquí hasta la costa libia.

Pero la historia de Masinisa merece un breve paréntesis evocador. Masinisa, hijo del prudente Gula, de Zama (Zouarin), aliado de los cartagineses incluso por lazos familiares con la familia de los Barca, luchó desde muy joven en *Hispania* con el ejército cartaginés, adquiriendo gran experiencia militar. Al regreso a su tierra consiguió expulsar a Syphax de Cirta y estructurar el territorio vecino de Cartago en torno de sí, siempre aliado de Cartago. Syphax, admirador de los romanos en principio, llegó a hacer de hábil intermediario entre Escipión y Asdrú-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

bal, en un complejo juego que terminó con el cambio de alianzas de Syphax, considerado por los cartagineses como un gran triunfo diplomático. A Masinisa, por su parte, Escipión le había intentado captar para el bando romano en una operación diplomática novelesca e imaginativa; prisionero de los romanos en España un sobrino de Masinisa, el joven Masiva, Escipión se lo devolvió cargado de regalos a su familia, mensajero sutil. Una vez clara la alianza con Cartago de Syphax, Masinisa ya no dudó en aceptar la amistad romana. Y aquí se enmarca la bella y trágica historia de una mujer cartaginesa (y africana), la hermosa Sofonisba, hija de Asdrúbal, prometida desde niña a Masinisa, según acuerdo de sus padres respectivos. Mientras Masinisa estaba en España de nuevo, ya efectivo el cambio de alianzas operado —en alguna narración, sería el propio Escipión quien le comunica a Masinisa aquella noticia de la boda de su prometida con su enemigo Syphax—, los cartagineses accedieron a la boda de Syphax y Sofonisba, que se instalaron en Cirta una vez más; desde allí, incluso al regreso de Masinisa y sus esfuerzos por recuperar su reino, casi reducido al estado de guerrillero, Syphax y Sofonisba representaban la alianza númido-cartaginesa, en plena expedición de Aníbal sobre Roma. La llegada de Escipión a la zona para intentar forzar el regreso de Aníbal de Italia, y su desembarco en Annaba, supuso la recuperación de Masinisa. Con ayuda de los romanos, Masinisa reorganizó un fuerte ejército y venció e hizo prisionero a Syphax cerca de Cirta. Sofonisba debió someterse a la evidencia, ante la vista de su marido encadenado, y Cirta se entregó sin resistencia a Masinisa.

La nueva etapa de la Cirta clásica pre-romana no podía por menos de comenzar con una historia digna de leyenda. Para los africanos, podría ser una historia de resistencia africana a Roma, para los romanos una historia de brujería maligna. Sofonisba sería una hechicera peligrosa para los númidas. Tito Livio pone en labios de Sofonisba un hermoso discurso africano frente al invasor romano extranjero que, escuchado por Masinisa, le decidió a tomar a su antigua prometida por esposa para evitarle la humillante esclavitud. Pero Escipión no deseaba el influjo de aquella mujer y la reclamó como prisionera de Roma, aunque prometiera a su aliado Masinisa que, si la deseaba como esposa, le agilizaría los trámites en Roma de su reclamación de la prisionera. Sofonisba y Masinisa comprendieron que era inapelable aquella decisión de Escipión y Masinisa proporcionó a su fugaz esposa un veneno; la or-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

gullosa africana prefirió suicidarse antes que caer en poder de los romanos. Masinisa se casaría luego con una muchacha de Cirta. Y, sin duda, con otras muchas más, pues dejó 44 hijos, el último, Stembal, cuatro años antes de su muerte, engendrado por lo tanto con más de 90 años.

La definitiva derrota cartaginesa en Zama (202 a. de C.), por Escipión el Africano y el mismo Masinisa, brindó a éste el control de toda la Numidia, excepto el territorio cartaginés propiamente dicho, la futura provincia de África. El enfrentamiento entre Cirta y la Cartago vencida, de alguna manera propiciado por Roma —los cartagineses, tras la derrota de Zama, no podían emprender ninguna campaña bélica sin el consentimiento de Roma— y el continuo hostigamiento de Masinisa a los cartagineses, terminaron con la última guerra púnica; la destrucción de Cartago (146 a. de C.) por un nuevo Escipión —Escipión el Africano había muerto, voluntariamente exiliado tras ser acusado de alta traición por Catón, el mismo año (183 a. de C.) que se suicidaba, acosado por Roma, su gran antagonista militar, Aníbal—, y la instalación ya a las claras de los romanos en la región, debió de influir no poco en el reino númida de Cirta.

La Cirta númida debió de ser una ciudad imponente, y la época de Masinisa, el más dilatado reinado conocido en el Magreb, una verdadera Edad de Oro para la ciudad; Pomponio Mela se refiere a ella como una ciudad opulenta. Al margen de la garganta que la circunvala por casi tres de sus frentes, despeñadero de roca pura cortado a pico, lo que hoy llaman la garganta de Rummel, la Cirta númida estaba amurallada, según la describe Estrabón, y de sus fortificaciones quedan hoy algunos restos en la ciudad alta. Masinisa se instalaba en Cirta el año 203 antes de Cristo, hasta su muerte en el año 143. Cerca de Constantina, en el Jrub —el Khroub—, quedan los restos de un torreón que muchos suponen el mausoleo de Masinisa, sobre un alto pedestal escalonado; es el testimonio monumental más importante de aquel clasicismo númida, bereber pospúnico, ya recibidos los primeros grandes aportes exteriores que habrían de sintetizar los berberiscos a lo largo de los siglos. Pero la penetración romana en la región hizo que la capitalidad se desplazase más hacia el oeste, a Iol, en la costa, la actual Cherchell. Un hijo de Masinisa, Micipsa (entre el 143 y el 119 a. de C., su reinado), ya aparece allí: una inscripción funeraria escrita en púnico sobre una losa de mármol lo dice, y es fácil que el hijo y sucesor de Masinisa

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

abandonase Cirta por Iol como nueva capitalidad. En torno a un siglo después, esta Iol, heredera de Cirta, se estaba convirtiendo en una de las mayores ciudades romanas argelinas, Cesarea, capital de una de las cuatro provincias romanas clásicas del Magreb, la actual Cherchell, como dijéramos.

A finales del siglo II antes de Cristo, entre el año 111 y el 105, se desarrolla la llamada «guerra de Yugurta»; a la muerte de Micipsa el reino númida se enredó en una serie de disputas sucesorias y Roma intervino para dividir el territorio entre Yugurta y su primo Aderbal; Yugurta culminó la reunificación con la conquista de Cirta (112 a. de C.) y, cuando Roma le declaró la guerra, Yugurta consiguió, a base de sobornos primero y éxitos militares, llenos de ingenio y de tácticas guerrilleras, resistirles hábilmente durante un quinquenio. Senadores y militares romanos se inclinaron ante el oro y los regalos de Yugurta, mientras cercaba en Cirta a su rival y tomaba la ciudad a pesar de las advertencias romanas. La matanza organizada por Yugurta, en la que murieron sus principales oponentes políticos, escandalizó a Roma. Yugurta, en un acto de genialidad política, llegó a acudir a Roma al llamado del Senado, tras haber conseguido previamente, y mediante sobornos, una paz previa; elefantes, caballos, ganado y plata fue el envío llevado a Roma por los embajadores que venían de Numidia. La estancia en Roma de Yugurta fue también espléndida de regalos y discursos de los mejores abogados y oradores; incluso debió de comprar el asesinato de un pariente que residía en Roma y que algunos senadores habían conseguido convencer para que se ofreciese como oponente a Yugurta en el reino númida. Era el año 111 antes de Cristo, y Yugurta debió de volver a su tierra. La tradición pone en su boca una despectiva despedida de la ciudad: «¡Oh ciudad venal, pronto perecerás si encuentras un comprador!». En su juventud, el gran caudillo númida había estado en España, en donde había participado en la guerra de Numancia, y un Escipión había sido su educador militar. Como había sabido mostrar, conocía muy bien a los romanos, su gran poder y las debilidades del ascendente control imperial que se estaba gestando por todo el Mediterráneo.

A su regreso a Numidia, Yugurta supo, con gran inteligencia, descorazonar a varias expediciones romanas, bien ofreciendo amistad, con imaginativas puestas en escena al paso de los soldados romanos, o realizando breves operaciones guerrilleras o de simples retiradas estratégi-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

cas cuando era necesario. Un militar experimentado como Metelo se desesperó, impotente ante las tretas de los númidas. Hasta la llegada de Mario y Sila. La mayoría de los combates se dieron en el entorno de Cirta, como la región de la actual Guelma, y Yugurta, tras la ocupación de Cirta por los romanos, y a causa de la traición de un aliado, el rey de los «mauritanos», Bokjus, fue hecho prisionero, conducido a Roma —como le había sucedido a Syphax, el oponente de su abuelo Masinisa— y sepultado en un pozo en donde murió de hambre y sed a los seis días. Era el año 104 antes de Cristo. Entre los bereberes, dos milenios después, aún hoy, al parecer la palabra *bokjús* (*Vu Jus*, *el Vojs*, *el Bojs*) sirve para designar a alguien despreciable, como aquel jefe de los «mauros» que traicionara a Yugurta.

Las crisis socio-políticas que se hicieron muy frecuentes en la Roma del siglo I antes de Cristo, tras la desaparición de Yugurta, tuvieron su repercusión en Numidia; sin duda que eran un signo de debilidad y dependencia política. El mismo Mario se refugió en la región cuando tuvo problemas en la metrópoli, y el proceso culminó durante el enfrentamiento entre Pompeyo y César. Pompeyo contaba con el apoyo de Juba I, ya en el entorno de Iol —futura Cesarea, actual Cherchell—, y es el momento en el que, tras la batalla de Thapso (46 a. de C.) —que algunos han identificado con Tipasa—, las diez legiones de César, el conquistador de la Galia cinco años antes, incorporan a la Administración romana la zona de Annaba (Hipona), Guelma y, también, Cirta. El suicidio de Catón y el nombramiento inmediato de César como *dictator perpetuus* e *imperator* o cónsul por diez años y la victoria final contra los hijos de Pompeyo en España (Munda, 45 a. de C.), preceden en meses al asesinato de César (los *idus* de marzo o 15 de marzo del 44 a. de C.), y suceden vertiginosamente a esta campaña africana de Julio César. Las nuevas tierras incorporadas fueron designadas como *Africa Nova*, para diferenciarlas de la zona tunecino-cartaginesa —África propiamente dicha—, que pasó a ser conocida desde entonces como *Africa Vetus*.

De alguna manera, Cirta volvió a disfrutar de una peculiar capitalidad, y continuaría siendo, a pesar de los avatares del país —vándalos, bizantinos y árabes— uno de los centros urbanos importantes de la región, con su puerto natural en la costa, Collo, cerca de Skikda, y la relativa proximidad de Hipona-Bona-Annaba. Julio César eligió al historiador Salustio como primer gobernador de las nuevas tierras incor-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

poradas a Roma, lo que se reflejaría en la rica información que luego utilizó en sus escritos sobre la región; también aprovecharía su gobierno para enriquecerse, por otra parte. Como cabeza de un amplio territorio que incluía en la costa a Skikda y a Collo, Cirta la confió César a uno de sus colaboradores destacados en la lucha contra los partidarios de Pompeyo en Numidia, llamado Sittius, un aventurero latino que, huyendo de la justicia en Roma, se había instalado en la región y mantenía una partida de expresidiarios como él y que había sido atraído a su bando por César para que se enfrentaran con los pompeyanos. En ocasiones se habla de «reino de Sittius», con terminología que hoy nos parece impropia, de «colonia de sitianios» —así, en Pomponio Mela— o de «confederación cirteana». Durante los enfrentamientos entre partidarios de Marco Antonio y de Octavio, el gobernador romano Sextius, tentado sin duda por la fortaleza de Cirta, la hizo centro de sus intrigas y acciones militares, con matices independentistas incluso, pero la confusión terminó con el acceso al poder de Augusto y un período de relativa tranquilidad en la región. Durante tres siglos, en plena reestructuración administrativa y militar romana del Magreb, Cirta conservaría personalidad propia, incluso administrativa.

La penetración del cristianismo en el mundo romano, a través de Cartago —su obispo San Cipriano es de mediados del siglo III y le cortaron la cabeza durante la persecución de Valerio—, alcanzó a la ciudad de Cirta; sus habitantes cristianos sufrieron especialmente la persecución de principios del siglo IV: quemas de libros, destrucciones de iglesias y muerte de muchos mártires del santoral cristiano. Debió de ser un fenómeno masivo, pues se habla de amplia despoblación de la ciudad y de grupos enteros condenados, como los 49 mártires conducidos a Cartago, tras encontrarlos en el campo celebrando sus ceremonias religiosas clandestinamente. El problema de los cristianos que cedían a las presiones de las autoridades romanas y «renegaban» —he ahí un término de gran vigencia más de un milenio después, en el siglo XVI—, y que luego querían volver a su vieja fe, estuvo en la base del surgimiento del Donatismo; durante un siglo, el Donatismo se convertiría en un peculiar movimiento magrebí, frente a Roma.

Constantino (324-337, su reinado), ya cristiano, cambió el viejo nombre, ya mítico, de Cirta; fue sustituido por el de Constantina, el actual de Qasentina. Este honor, paralelo al del nuevo nombre de Constantinopla concedido a Bizancio por este mismo emperador, fue poste-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

rior a los graves disturbios que el enfrentamiento entre Majencio y Constantino provocó en Numidia y que hizo sufrir a Cirta un siempre penúltimo asedio. Su misma fortaleza había tendido a convertirla en último refugio de un bando acorralado.

AFRICA NOVA ROMANA. UN PARÉNTESIS SOBRE SUK-AHRÁS, ANTIGUA TAGASTA, TIERRA NATAL DE AGUSTÍN DE HIPONA, Y LA PINTURA ARGELINA

Pero ya por entonces todo el este de Argelia hasta el Sahara mismo, la parte central —la rica Mitiya y la región costera—, y en menor medida su parte occidental, tenían magníficas ciudades, muchas de ellas de nueva planta por completo, con frecuencia de origen puramente militar. De la época de Augusto fue la fundación de media docena de «colonias» costeras, la mayoría sobre poblaciones preexistentes durante siglos en contacto con el mundo fenicio-cartaginés, de Yiyel (Igilgili), Beyaia (Saldae) y Azefun (Rusazus), en la costa cabil, a Tenés (Cartenae), ya cerca de Orán, y de otras tres «colonias» interiores, en la rica Mitiya y los llanos paralelos a la costa entre Argel y Tenés, entre ellas la actual Miliana (Zucchabar). Estaban en territorio de la denominada «Mauritania», su capitalidad sin duda en torno a Iol-Cherchell, «reino» sobre el que habremos de volver, y fueron la base de las dos provincias mauritanas, la más oriental gobernada desde Iol-Cherchell, la Cesarea romana, y la más occidental desde Tánger (Tingi); ambas provincias tenían al frente un procurador designado por el emperador, al contrario de los procónsules y legados residentes en Cartago y de rango senatorial.

Porque la provincia más próspera, rica y romanizada era la de África; la actual Túnez, o *Africa Vetus*, el antiguo territorio cartaginés, con su prolongación hasta Leptis en la actual costa libia, más el territorio númida propiamente dicho, o *Africa Nova* que se incorporara ya en tiempos de César, en parte en la actual Túnez y en parte en la actual Argelia oriental; con sus espléndidas ciudades de Hipona (Annaba), Calama (Guelma), Tagasta (Suk-Ahrás), patria chica de Agustín, Madauros, patria chica de Apuleyo, y Tebessa. Muy próximas todas a la vieja Cirta. El procónsul, de designación anual y senatorial, residía en Cartago y tenía amplios poderes.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Desde principios del siglo I, una segunda provincia se estructuró en la Argelia oriental, también en el área próxima a Cirta, más de carácter militar, con un legado de designación imperial y que era comandante jefe de la legión; la capitalidad acompañaba y se desplazaba con dicho mando militar y a principios del siglo II se fijó ya en Lambese, próxima a Timgad, ejemplo impresionante aún hoy, en ambos casos, de ciudad de fundación militar. Su territorio alcanzaba por el norte a Cuicul (Yamila), próxima a la Gran Cabilia, en los ricos llanos de Setif, y hasta la región de Laghuat, en la estepa límite con el Sahara. Incluso en los parajes más desolados de los Aurés, ese reducto montañoso de resistencia y refugio, se pueden encontrar restos de esa instalación romana secular, pues desde Lambese se trazó una ruta, estratégica desde el punto de vista militar, hasta Biskra, ese gran palmeral-oasis ya plenamente sahariano, y verdadero *limes* o frontera sur del imperio. Cerca de la garganta de Rufi —ese palmeral semioculto en una larguísima hondonada con paredes cortadas a pico—, una inscripción romana de mediados del siglo II después de Cristo, de la época de Antonino Pío, en el desfiladero de Tiganimín, evoca la construcción de esa ruta transauresina, como otras —perennidad de territorios aptos para la resistencia— recuerdan acciones heroicas de la resistencia argelina a los militares franceses casi dos milenios después.

Tanto Tebessa como Timgad o Lambese, cabezas sucesivas de esa peculiar provincia militar romana, debieron de tener su función principal en el control de esa peligrosa región del entorno de los Aurés. Lambese —hoy Tazaoult—, en concreto, al lado de la ciudad, con importantes edificios civiles, termas, templos y conducciones de agua, es uno de los campamentos de legionarios mejor conservados de las dos docenas largas de ellos conservados de la época imperial; todavía en los años setenta de este siglo se seguía excavando, con la colaboración de expertos del Instituto Arqueológico Alemán de Roma, y hoy es un vastísimo campo arqueológico, sólo en parte interrumpido por una antigua prisión de la época colonial francesa. Lambese está a algunos kilómetros al sudeste de Batna, y es desde Batna también desde donde es más cómodo llegar hasta Timgad; fundada en el año 100 por orden de Trajano, su trazado se hizo a imitación de una ciudad militar: un gran recinto cuadrado de más de 300 metros de lado (358 metros por 322), perfectamente cuadriculado y luego desbordado por nuevas construcciones —termas, necrópolis, iglesias cristianas, construcciones bizanti-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

nas— que muestran el esplendor de la ciudad durante medio milenio. Si en Lambese se conservan los restos de un gran anfiteatro, en Timgad se conservan los de un teatro —de casi 4.000 plazas— y, único caso documentado, de una biblioteca, con inscripción del donante y signo de la vitalidad cultural de la ciudad. En el museo de Timgad, entre las muy abundantes piezas de interés, impresiona la cantidad de estelas y relieves relacionados con el culto de Mitra, culto oriental tan extendido por el bajo imperio, y en el que Mitra y el toro encierran simbolismos misteriosos y atractivos. La belleza —otra vez ese viaje hacia el tiempo detenido— de las ruinas de Timgad ha hecho que sean famosos los festivales ocasionales que las tienen como escenario; el ballet clásico español, en la etapa de dirección de María de Ávila, por ejemplo, bailó allí. A lo largo del siglo IV la ciudad mantuvo su importancia y, entre las numerosas iglesias cristianas, destaca la catedral de los donatistas, de gran influencia, como en otras ciudades —y en el campo bereber— argelinas, sobre todo durante el obispo Optat. La invasión de los vándalos —a partir del segundo tercio del siglo V— significó amplias destrucciones para Timgad y la conquista del general bizantino Solomon la convirtió en una gran fortaleza defensiva de aquel *limes* meridional. A pesar del largo viaje a través de la estepa argelina y de las altas mesetas, sin duda que merece la pena desplazarse hasta allí. Timgad fue prácticamente olvidada durante siglos y su hallazgo constituyó un verdadero desenterramiento.

Como en Tassili o en Ghadaia, también en Timgad un visitante puede toparse con el tiempo —la vida— detenido. Ante el horizonte estepario visible a través de la gran puerta central del que llaman arco de Trajano, o ante ese emocionante juego de palabras de seis letras, como si de un criptograma peculiar se tratase, inciso a punta de navaja tal vez, entre otras muchas inscripciones lúdicas, en un lugar apartado del foro: «*Venari Lavari Ludere Ridere Occest Vivere*». Que podría traducirse así: «Cazar Bañarse Jugar Reír Eso es Vivir».

Tebessa es la otra gran ciudad, de importancia militar también, en torno a los Aurés, al sur de Cirta y muy cerca de la actual frontera tunecina. Ciudad de primera hora de la época romana, su anfiteatro, excavado en los primeros años de la Argelia independiente, a mediados de los sesenta de este siglo, se ha fechado en dos fases de construcción, la más antigua de finales del siglo I y principios del II, la más moderna de finales del siglo III y principios del IV. El edificio que hoy alberga el museo de la ciudad es el antiguo templo dedicado a Minerva, con

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

una columnata corintia y un rico friso perfectamente conservados; y el esplendor de la comunidad cristiana se refleja en una de las más interesantes basílicas africanas, con naves separadas por arcos de medio punto enmarcados por columnas corintias, una rica capilla en recuerdo de siete mártires de la ciudad, amplia avenida enlosada y porticada, caballerizas y hospedería; conjunto lujoso y de fábrica de rica cantería. En la época bizantina la ciudad siguió siendo centro de importancia, como lo muestran las murallas fortísimas que integran, como si de un torreón se tratase, la llamada puerta de Caracalla, aún imponente hoy. Pero Tebessa, al contrario que Timgad, no fue una ciudad abandonada y hasta su anfiteatro fue habitado. En la órbita de Constantina y de los hafsíes tunecinos, su proximidad de los Aurés y su situación excéntrica debieron de agudizar su marginalidad relativa; en el siglo XVI, cuando se están forjando las fronteras argelino-tunecinas, Mármol se refiere a ella como pobre e insumisa, al mismo tiempo que, casi un texto aforístico, la define con hermosa precisión: «Tres cosas hay en esta ciudad que hacen ventaja...: los muros, las fuentes y las nueces».

Como en el resto de Argelia, y en particular en esa región en la que los Aurés imprimen su impronta particular, el período colonial francés y la resistencia de la población autóctona jugó un papel integrador «nacional», con ese matiz fronterizo peculiar en el caso de Tebessa, dado el gran número de exiliados argelinos en Túnez y la posibilidad de un maquis en las montañas próximas. En sus proximidades se instalaron campos de refugiados palestinos en tiempos recientes, de alguna manera tierra de asilo y de nuevas solidaridades. Los tapices de Tebessa, particularmente los de listados rojos y grises y gran tamaño, son de una sobria belleza; un poco en la línea, aunque menos extremos en su sobriedad, de los de pelo de cabra de color natural —blanco, negro y marrón— de los Aurés.

Entre Tebessa y Timgad, a media docena de kilómetros de Jemchela (Khemchela, la *Mascula* romana), en el lugar llamado hoy precisamente El Hammam, están los restos mejor conservados de unas termas romanas, aún en uso sus viejas canalizaciones, las viejas *Aquae Flavianae*, con una espléndida piscina circular. Al norte de Tebessa, en la misma línea fronteriza con Túnez, en la patria chica de Apuleyo, Madauros, colonia de antiguos legionarios, conserva importantes restos arqueológicos también, como el teatro o los impresionantes restos de fortificaciones bizantinas; la vivacidad de las descripciones de Apuleyo

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

(siglo II d. C.) de escenas cotidianas e ingeniosas —en el teatro, en el mercado— dejan entrever esa rica vida urbana de su tiempo y la madurez cultural de ese Magreb más o menos romanizado. Uno de los teatros mejor conservados está también algo al noroeste de Madauros, en la actual Jamisa (Khamissa, la *Thubursicu Numidarum*), con lo que este conjunto muy importante de restos romano-bizantinos de la parte meridional del oriente argelino —Lambese, Timgad, Tebessa, Madauros, Jenchela y Jamisa— bien podría configurar toda una ruta de interés articulable desde Batna, buen centro de comunicación para ello. Los llanos de Batna —como los de Setif o los de Guelma, por otra parte— pueden ayudar muy bien a comprender el contenido de aquella denominación de «granero de Roma» con que también se conoció esta zona del Magreb númida.

Tanto en Madauros como en Tebessa, en concreto en Brisgane, en su región, se conservan almazaras o molinos de aceite. Sobre todo en Madauros, la pequeña ciudad que, aunque la hemos incluido en ese circuito posible que pudiera tener por centro Batna, en la carretera de Suk-Ahrás (Tagasta) y Guelma, bien podría incluirse en ese grupo más cercano a la costa y a Annaba-Hipona sobre el que habremos de volver. En Madauros las almazaras familiares son frecuentísimas y se piensa que algunas de ellas podrían ser pre-romanas; muy indicativo de las características de la región. Pero el gran centro artesanal por excelencia, con almazaras, pero sobre todo con infinidad de alfares o talleres de alfarería y, como en otras ciudades, con molinos de cereal, es una ciudad en terreno montañoso muy cerca de Cirta, en dirección hacia la costa, hacia Yiyel y Skikda, Tiddis. Es una de las poblaciones de época romana más singulares, con el foro más pequeño del Magreb, interesantes juegos arquitectónicos y urbanísticos para acoplarse al escarpado terrero, como calles en escalera o fuentes públicas entre roquedales. En el Museo de Constantina se muestra una colección amplísima de la cerámica de estos talleres. Tiddis, próximo a Cirta, es también un poblado particular por ser el último refugio del culto mitraico en la región, de ese culto traído de Oriente por los militares romanos y que tan presente se podía percibir en Timgad; al parecer, en Tiddis se refugiaron algunos de estos colonos exlegionarios y siguieron practicando sus creencias hasta años en los que el cristianismo ya se había difundido por la región y tenía en Cirta pujantes adeptos. El entorno de la pequeña ciudad de montaña de Tiddis, en una ladera bien orientada sobre las

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

gargantas de Jeneg (Kheneg), es amplio y abierto, con lugares menos escarpados entre los que haber elegido el emplazamiento, pero fue preferido aquél a pesar de esos problemas de espacio; que les llevaron, por ejemplo, a excavar en la roca aposentos para no tener que disminuir aún más la superficie del foro. Algunos gustan compararla con la estructura de la típica *casbah* de la época musulmana, tortuosas en contraste con las rectilíneas calles y regulados trazados de las ciudades clásicas romanas.

Al este de Cirta, y hasta la frontera tunecina, bien comunicadas con el puerto de Annaba (Hipona), Guelma y Suk-Ahrás (Tagasta) eran dos notables centros, en el caso de Guelma con un teatro recién restaurado —mejor, reconstruido—, de las ciudades de primera hora incorporadas a la Administración romana tras la campaña de César en la Numidia. Pero tan evocador como la arqueología es el paisaje mismo, entre estas dos ciudades, llanos de cereal y olivos, aquí y allá, sin un orden diferente al marcado por la Naturaleza misma; tan rotundamente diferente a ese campo de olivares de Jaén, por ejemplo, al tresbolillo o al marco real, tan regulares y racionalizados, tan del siglo XIX. Montes repoblados de bosque pueden dar el toque de modernidad, tal vez, pero en algunos de esos parajes mesetarios en los altos de Guelma a Suk-Ahrás una vez más puede surgir la sospecha de la retención de un tiempo recuperable. Aunque un pequeño, pulcro y sobrio cementerio de muertos en la guerra contra los franceses —«mártires» o *shuhada*, plural de *shahit*— le recuerden a uno el tiempo transcurrido desde aquella «idílica» —tal vez, desde hoy— sociedad antigua de la «Edad de Oro».

Espero que una alusión personal no rompa el tono de este amplio ensayo, que uno pretendería lo más objetivo posible. Cuando el pintor Farés era el presidente de la Asociación de Artistas Argelinos, que tenía una sala de exposiciones en Argel, se celebraba una bienal de artes plásticas en Suk-Ahrás. Era una interesante iniciativa, como aquella otra de los «museos del felah» o museo de los campesinos, que pretendía poner un museo en cada pueblo socialista de la reforma agraria argelina con obra plástica de pintores de todo el mundo. Farés era un pintor muy realista y de alguna manera «militante» en su pintura de todas las causas sociales y, en particular, de las del Tercer Mundo, esté bien o mal llamarlo así. En aquella II bienal de Suk-Ahrás, apoyada también por las autoridades locales y provinciales, muy interesadas en promo-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

cionar aquella iniciativa cultural de rango internacional para su región, estaba un pintor cubano, mulato claro de pelo cano, Juan Blanco López, de Matanzas, y de alguna manera terminé haciendo de intérprete suyo en los amplios debates sobre «arte y revolución» que se plantearon. Había representantes de algunas asociaciones similares de muchos países socialistas, como China, la URSS de entonces, Checoslovaquia, Bulgaria y otros, y entre algunos europeos occidentales había un austríaco empeñado en defender a ultranza el arte por el arte como lo más revolucionario del mundo. Juan Blanco López, el pintor de Matanzas, de alguna manera, aunque más matizada, también veía bien la libertad de creación frente a los corsés del «realismo socialista», e insistía mucho en que en Cuba había dado buenos resultados con los jóvenes artistas que, con estilos muy diversos, habían conseguido una obra plástica variada y reconocida en el exterior. Fueron debates animados, de buenas formas y mucho contenido teórico; pero las obras de los pintores argelinos eran demasiado de escolares todavía, la mayoría, y a veces también exponían labores más bien artesanales. Luego, al preguntarle a algunos amigos pintores como Sherfawi y Mersali, de Orán, que hacen trabajos interesantes, me comentaron que tenían tiranteces en el gremio suyo de artistas —ellos también eran profesores de Bellas Artes— con la Asociación que dirigía Farés, con lo que la mayoría de los artistas plásticos, sobre todo los pintores, se desentendían de ella. Farés era para ellos, un poco, como de la vieja escuela, como si pensara que todavía estaban en la época de la guerra de independencia contra los franceses; él había luchado de muy joven en la guerra y, herido, le habían llevado a hospitalizar a Túnez y allí había estado exiliado bastante tiempo; en el hospital había empezado a pintar y se había hecho muy popular entre los exiliados argelinos porque les pintaba sus emociones y anhelos más inmediatos, que eran la ansiedad por la guerra y el deseo de ganarla cuanto antes para poder regresar a sus casas. También utilizó su arte para la propaganda y para el estímulo de sus compañeros de lucha, lo que entonces era muy necesario. En España, Farés había expuesto en Madrid, en la galería del diario *Pueblo*, a principios de los setenta, y también en otros países, sobre todo socialistas. Pero a los jóvenes pintores, o a otros más europeizados, sin más, como el espléndido Hadda, uno de los pintores argelinos más apreciados en Europa, ya no les satisfacía esa estética «militante» a ultranza que podía arruinar su creatividad. El caso es que no se entendían desde el punto de

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

vista estético, pero eso también se reflejaba en el no entenderse en cuanto a la organización de actos conjuntamente. Años más tarde, en los ochenta, parece que se renovó la dirección de la asociación argelina de artistas plásticos y se comenzó a contar más con este sector de gustos más jóvenes y renovadores. «Arte y Revolución» era el lema, entonces, de aquella II bienal de Suk-Ahrás, la antigua Tagasta, ciudad natal de Agustín, el futuro obispo de Hipona. Y era milenio y medio el tiempo transcurrido. Pero sobre todo, ese milenio y medio pervivía en los campos de trigo y olivar disperso, de monte bajo y bosques a lo lejos, algo casi ancestral. Y en ese viaje imaginé una posible historia de pastores que había de titularse, con toda la simpleza e ironía del mundo, *Arcadio y los pastores*, y que por un raro azar se publicó en 1986.

Cerca de Guelma hay ricas aguas termales y, como es frecuente en toda Argelia, en esas fuentes termales se conservan restos de la época romana; como en El Hammam, cerca de Jenchela, al que hemos aludido ya, en Miliana, en Muzaia, o tan al sur como Biskra, en el Hammam Salihín. Al norte de Guelma, cerca de Heliópolis, en Hammam Berda hay una gran piscina circular de piedra, de casi 40 metros de diámetro, que aún recoge las aguas de una fuente de agua caliente, en un entorno de olivos, alguna palmera y matojos, muy evocador. Pero es en Hammam Mesjutín —el baño de los malditos, o de los maldecidos, o de los silenciados—, al margen de sus restos arqueológicos, en donde el paisaje y la leyenda confluyen de una manera admirable. De entrada, las fuentes termales —de agua caliente, y valga la redundancia— de Hammam Mesjutín forman una cascada de piedra blanca que brilla al deslizarse el agua sobre ella, una cascada petrificada. El arrollo que origina la cascada petrificada, siempre en formación por solidificación de los sedimentos que deja el agua, forma también una amplia explanada por donde se desperdiga el agua antes de llegar a la caída de la cascada. Y en esa explanada unos agujeros hacen el efecto de bufones marinos, escuchándose el rumor, a veces como resoplidos, del agua subterránea; también se pueden ver unas figuras de tamaño y vaga forma humanos, originadas también, sin duda, por los sedimentos depositados por el agua y el goteo. Y ahí surge la leyenda relacionada con el nombre extraño del Hammam, el baño de los maldecidos, o desechados, o algo similar, con ese sentido de exclusión de la comunidad. Las figuras petrificadas son los asistentes a una boda, en tiempos antiguos, sin duda pre-islámicos, a una boda singular: a una boda entre hermanos. Por eso

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

se puede pensar que sucede en un tiempo muy remoto, antes de la llegada a la región del Islam, religión que prohíbe ese tipo de matrimonios, aunque pudiera ser que fuera en tiempos posteriores, y que fuera una costumbre anterior que tardaba en desaparecer. El caso es que Dios, para que quedara claro que el incesto era un gran pecado, condenó a los novios y a todos los asistentes a que se convirtieran en estatuas de piedra para escarmiento propio y ejemplo para los hombres. Los suspiros y bufidos que se oyen, corresponderían a sus lamentos en el infierno. *¡Tellem chabo!*, podría terminar una abuela cabil en su aldea, no muy lejana de Hammam Mesjutín, por otro lado, al contarle una historia como ésta a sus nietos. Toda una leyenda sobre el tabú del incesto, sobre la maldición que cae sobre los incestuosos y los que lo consienten en su entorno. Tal vez de raigambre cristiana, romana o, más antigua aún, púnica o bereber.

Y no sería correcto despedirse de las planicies de Guelma sin hacer alusión a otra pequeña pervivencia del pasado muy sugestiva: la vaca guelmesa. Una raza autóctona de vaca de la región de Guelma, nada espectacular, pequeña y un tanto renegrida, nada que ver con una lustrosa vaca suiza u holandesa; un poco, quizá, con la resistente vaca casina asturiana, superviviente, como la guelmesa, tal vez por su propia resistencia. No conozco muchas poesías de otras culturas que, como la poesía en árabe, compare la belleza de unos ojos amados con la belleza de los ojos de una vaca. Y en las correrías españolas desde Orán, aquellas razzias o cabalgadas, mejor, que decían las fuentes españolas de la época, el ganado que se les capturaba a las tribus de los alrededores de la ciudad o de tierra adentro, se vendía en el mercado o se admitía rescate, en trigo y en cebada sobre todo, de su antiguo dueño para que pudiera recuperar sus animales; esto servía para «camellos o ganado menudo, cabras y ovejas», relata Diego Suárez Corvín, aquel vaquero asturiano que de niño huyó al sur y envejeció en Orán, «empero lo vacuno nunca se les da ni admite rescate». El ganado vacuno debía de ser un bien apreciado y escaso en el Magreb. Aquellas manadas de bóvidos de las pinturas del Tassili eran bienes de otros tiempos más lluviosos y, lo mismo que desaparecía el león de los montes de los alrededores de algunas ciudades —salvo tal vez en Suk-Ahrás, donde perviven en la memoria de la gente aún las cacerías de leones—, desaparecían aquellos vacunos necesitados de pastos, cada vez más escasos. Alguna parte de aquella rica fauna sobrevivió, como los monos de las gar-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

gantas de Jerrata, en el camino entre Constantina, la antigua Cirta, y Beyaia, la antigua Bugía, no lejos de los altos llanos de Guelma; y podría ser también que aquella vaca guelmesa austera y resistente fuera una reliquia de aquellos rebaños de bóvidos saharianos. De las pocas que pudieron ver también los árabes, sin duda, aunque las recordaran vagamente abundantes en tiempos mejores, y por eso recordaran la belleza de sus ojos grandes, pacíficos y brillantes. Los cuentos populares cabiles tienen mucho que narrarnos al respecto.

Annaba-Hipona y Agustín. La iglesia donatista africana y otras resistencias a Roma

En la Argelia oriental, al lado de Cirta, sin duda que la otra gran ciudad influyente fue Annaba, la Hipona donde desembarcara un día Escipión el Africano en ayuda de su aliado y amigo Masinisa y gran puerto en donde, al lado de los restos de la ciudad romana, restos anteriores permiten adivinar un pasado fenicio-cartaginés o púnico. Guelma y Tagasta son su entorno agrícola interior natural, y de ahí que fuera, con esos lugares, el núcleo principal de la *Africa Nova* que incorporara César a la Administración romana desde Cartago. Aquel joven de Tagasta, inteligente y rebelde, disipado, juerguista y vividor, cuya madre cristiana Mónica tanto deseara ver convertido en un hombre de bien, después de estudiar en Cartago y de viajar por la Italia imperial hasta Milán, se entiende muy bien que al regresar a su tierra de origen, y tras un paréntesis en Tagasta, eligiera Hipona para instalarse y llegara a convertirse en uno de sus hombres de mayor prestigio en lo cultural y en lo político, inseparable por entonces ya de lo religioso. La atración de un joven Agustín de Tagasta-Suk-Ahrás por el maniqueísmo, en el que las fuerzas del bien y del mal se enfrentan de continuo, no es extraño que influyera en una posterior influencia en la dogmatización del cristianismo romano. Tampoco es casualidad que Agustín de Hipona (354-430), como se le conoce aún hoy —milenio y medio después—, fuera el importante intelectual que fue y que su pensamiento siga interesando a filósofos e historiadores. Es importante destacar su formación clásica y cristiana, cuando el cristianismo aún conservaba esa vitalidad de una doctrina global no demasiado dogmatizada aún, pero que había iniciado, desde la época de Constantino, pocos años antes, una peligrosa tendencia a identificarse con un poder político concreto romano. La he-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

rencia platónica de su formación clásica fue fundamental en la evolución intelectual moderna; cuando la «revolución científica» moderna deba enfrentarse ya a principios del siglo XVII con el dogmatismo «aristotélico» oficial, la herencia platónica, en gran parte transmitida también a través de la cultura islámica medieval, pasará a primer plano de importancia; Crombie hace partir del platonismo y de Agustín de Hipona

> toda la tradición racionalista del pensamiento europeo, con su creencia de que lo que es cierto es verdad en realidad..., principal motivo subyacente a toda la ciencia del siglo XVII.

Es significativo ver a Galileo apoyarse en la autoridad de Agustín para argumentar ante las autoridades eclesiásticas que Dios es autor no sólo del gran libro de las Escrituras, sino también del gran libro de la Naturaleza, y que en ambos se puede estudiar la verdad, aunque con resultados diferentes.

La inestabilidad del Imperio Romano y sus claros signos de desmembración, culminaron en el momento en que Alarico, en el año 410, saqueaba Roma; en los medios romanizados del momento muchos acusaron a los cristianos de ser la causa de esa crisis y hasta del mismo saqueo de la capital imperial. A raíz de estos acontecimientos y polémicas, Agustín inició la redacción de su obra *De civitate Dei contra paganos* el año 413, y no puede desligarse ese texto clave para la historiografía medieval y moderna de esas circunstancias. La «ciudad de Dios» y la «ciudad terrenal» se contraponen; si la terrenal busca «el honor y la gloria de los hombres», la otra tiene por «suma gloria a Dios, testigo de su conciencia»; si «aquella reina en sus príncipes o en las naciones a quienes sujetó la ambición de reinar, en ésta unos a otros se sirven con caridad». Frente al *tempus* terreno, en plena crisis, dominado por ambiciones de dominio y, por pura experiencia, perecederas, engendradoras de desgracias tanto para los príncipes como para «las naciones a quienes sujetó la ambición de reinar» —y ahí sería posible captar una vaga referencia a la «nación africana», entre otras—, otro *tempus* en clave de eternidad y salvación, de piedad, conciencia y caridad. Tal vez una «idea» platónica más, puntal de verdad y, por lo tanto, de realidad. O una sublimación temporal, en tiempos recios, o una tentación por el eterno «utopismo» o por lo que hoy se llamaría posmodernidad. Aunque el paso siguiente, que sí se dará en la Edad Media cristiana, de confusión de los dos «tiempos», base de las más delirantes

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

interpretaciones históricas providencialistas, no se da en Agustín de Hipona. Lo único que él pretendió, en aquellos tiempos terminales —él mismo morirá durante la conquista de los vándalos de su ciudad—, fue resaltar la finitud del mundo.

Cuicul, la actual Yamila, es una de las más hermosas ciudades romanas argelinas; su nombre actual, Yamila, quiere decir precisamente eso, bonita o bella. Entre Cirta y la Cabilia, próxima a Setif y sus ricas llanuras cerealeras, el paraje mismo y el estado de conservación la convierten en un verdadero espectáculo; un atardecer en Yamila, la sombra alargada de las columnas, puertas monumentales y templos, puede ser inolvidable. Más abajo del foro viejo o foro del norte, rodeado de los edificios públicos más representativos, el mercado conserva numerosas tiendas en torno a una plaza cuadrada porticada, con bajorrelieves específicos para cada una y hasta las medidas de líquidos y grano en uno de los mostradores. A finales del siglo II y principios del siglo III, el crecimiento de la ciudad hizo que surgiera una nueva gran plaza o foro del sur, llamado también la plaza de los Severo, con un esbelto templo al que se accede por una gran escalinata y el arco de Caracalla, uno de los arcos de proporciones más elegantes y armoniosas de Argelia, hoy restaurado. En Yamila se conservan también un teatro, con las gradas excavadas en una ladera natural, y los restos de una basílica paleocristiana de envergadura. En la cercana Setif, uno de los dos circos del país —el otro es el de Cherchell— muestra la importancia de las colonias romanas en esa zona del Magreb.

Pero la amplia romanización que manifiestan estas ricas ciudades del oriente argelino no nos debe llevar a engaño y hacernos pensar en una *pax romana* plena. Muy al principio de la época colonial romana, el año 17 después de Cristo, de la Cabilia argelina surgió un jefe bereber, Tacfarinas, del que Tácito narra sus hazañas. Con otros bereberes, antiguos soldados en las legiones romanas, pronto se hizo célebre como hostigador de los nuevos colonos con pequeñas operaciones rápidas que tomaban por sorpresa al enemigo, tácticas guerrilleras se diría hoy, tan usuales ya en los primeros enfrentamientos con los bereberes antes de la plena penetración colonial romana. El teatro de sus operaciones, además de la Cabilia misma, se localizaba entre Setif y Cirta y la costa de Yiyel y Beyaia. Como Yugurta un siglo antes, Tacfarinas mantuvo en jaque a varias expediciones militares y llegó, en alguna ocasión, a proponer paces al enemigo, con el envío de una embajada, incluso; pero a pesar del valor de los guerreros númidas, aquel movimien-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

to no podía prosperar. Incluso Ptolomeo, el último rey mauritano, colaboró con los romanos en la destrucción de Tacfarinas, lo que le agradeció el emperador Tiberio, pocos años antes de que Claudio incorporara también la Mauritania al imperio. En la segunda mitad del siglo IV otro levantamiento tuvo por escenario también la zona de Setif y Cabilia, llegando hasta mucho más al oeste, a Cherchell y Tipaza; el nuevo «guerrillero» fue Firmus, con un episodio de amazona guerrera protagonizado por su hermana Cyria, y un resurgir a finales de siglo con su hermano Gildon, con final de intento de fuga por mar, naufragio y muerte en Tabarca, próxima a Hipona.

Mucha más trascendencia tuvo el movimiento donatista, que Agustín de Hipona se esforzó, con relativo éxito, en neutralizar, y que llegó a tener matices de «nacionalismo» africano, diríamos hoy, y hasta de enfrentamiento entre Cirta y Cartago en su fase final. En torno al año 305 después de Cristo había terminado el tiempo de las virulentas persecuciones de la Roma imperial pagana contra los cristianos, y un quinquenio después comenzaba a estructurarse una especie de partido rigorista contra la iglesia oficial, que echaba en cara a muchos, incluso prelados, «traiciones» cometidas en la época de persecución, así como la política de indulgencia para con los apóstatas arrepentidos. La crisis estalló en Cartago con la elección del obispo Ceciliano, al que algunos acusaban de haber sido débil en la época de las persecuciones; una turbia historia de enemistades personales, recogida por Menéndez Pelayo en su amplísima exposición de las heterodoxias españolas al ser uno de sus protagonistas una rica hispana asentada en Cartago, Lucila, a la que el nuevo obispo había reprochado su excesiva devoción por las reliquias de un mártir no reconocido oficialmente, desemboca en la elección de un nuevo obispo, al parecer con intervención de abundantes sobornos de la rica Lucila, un criado de la casa de ésta llamado Mayorino. Era el año 312 y un nuevo personaje aparecía en escena, Donato de Casae Nigrae —Donato de Casas Negras, nacido hacia el 270—, del bando de Mayorino y su sucesor a su muerte a la cabeza del movimiento, que pronto se conocería como donatismo. Historiadores católicos como A. Fliche y V. Martin, en la síntesis de estos sucesos, hablan de él como de un ambicioso personaje que «pretendía conquistar toda África», así como de «agitadores sin escrúpulos, guías de masas fanáticas» y tópicos similares de una narración partidista. Interesantes matices, cuando pronto se contrapondrá una iglesia de los «herederos de la tradición ecle-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

siástica africana» a una iglesia «católica», universal, y justo en el momento en que Constantino se está convirtiendo —y son palabras de estos narradores católicos— en «brazo secular» de la Iglesia. La disputa de la iglesia de Cartago, con matices ya claramente cismáticos, llegó a Roma y la cuestión se planteó en dos concilios europeos convocados al efecto en Roma y en Arlés, en los que salió condenado el donatismo y el bautismo que los donatistas querían imponer a sus nuevos incorporados. La actuación de Constantino en ese momento, convocante de esas reuniones de obispos para dirimir aquellas cuestiones eclesiásticas —tan similar a ese Carlos V forzando a Roma a reunir un concilio en Trento—, suponían la aparición de una «religión de Estado» que hacía de la disidencia religiosa una cuestión política primordial. Tal vez en la línea de esa identificación entre fe y ley, que tal vez cumpliera una función política aglutinadora en un momento, pero que a la larga pudiera resultar nefasta. Pero el cisma estaba consumado, ante la rebeldía de los donatistas ante la condena de los dos concilios europeos; en Cirta, por ejemplo, en el momento de su cambio de nombre por Constantina y cuando la ciudad estaba siendo mimada por las autoridades romanas, Constantino, antes de la condena total del año 316, había permitido, al lado de la basílica «católica», una basílica particular para los donatistas; el obispo de Constantina, Silvano —enemigo de Osio de Córdoba—, había de protagonizar un proceso y el exilio, acusado precisamente de ser débil durante la persecución de Diocleciano, lo que habría de traer cierto desprestigio momentáneo de los donatistas. Pero es a partir del año 316, poco antes del proceso de Silvano, cuando la condena oficial de Constantino significa el exilio y la confiscación de bienes para los donatistas.

La iglesia católica o iglesia oficial, y las autoridades del imperio iban a comportarse en esta persecución contra los donatistas con la misma saña que las autoridades paganas anteriores contra los cristianos: matanzas terribles, saqueos y violaciones de todo tipo contra los donatistas exacerbaron los ánimos. Sin duda nuevos mártires heroicos debieron de constituir un peculiar «santoral» donatista africano-númida, similar al paleocristiano, tan bien conservado por la historia oficial católica. A raíz del proceso de Silvano de Cirta-Constantina, un edicto de tolerancia de Constantino pareció apaciguar los ánimos, aunque ya el cisma se había consumado y entre los cristianos se podía hablar de dos comunidades, católicos y donatistas, hasta en la lejana Timgad. Con Juliano (361-363),

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera

sobrino y sucesor de Constantino, esa tolerancia debió de ser mayor aún, dada su inclinación a cultos no cristianos que le ganaron el apodo de «Apóstata»; los católicos, en las polémicas con los donatistas de la época de Agustín, le reprocharían a éstos precisamente esa mejora de su condición en el período de gobierno de Juliano el Apóstata. Cuando en el 391 el cristianismo se convierta en religión única y se prohíban los cultos paganos, el cisma donatista africano incluso parecerá reavivarse.

Constantina, la antigua Cirta, frente a Cartago una auténtica capital númida, se había ido convirtiendo a lo largo del siglo IV en la capital del donatismo; si con Constantino ya tenía una iglesia católica y otra donatista, durante muchos años de este siglo llegó a tener únicamente un obispo donatista. Pedro Longa se refiere a ella como cuna del cisma, «cuna del donatismo». Y sería muy interesante profundizar en la figura de Petiliano —nacido, posiblemente en la misma Constantina, en el año 365, un decenio más joven que Agustín, por lo tanto—, un abogado culto y gran orador y polemista; a los 30 años era consagrado obispo, tras haber sido elegido por la comunidad donatista contra su voluntad, y comenzaba a polemizar con los obispos católicos, primero Profuturo y luego Fortunato, amigos de Agustín de Hipona. El anticatolicismo hacía furor en la zona y se manifestaba en el campo con los «feroces circunceliones» —para la historiografía católica, la que a la larga había de prevalecer—, de uno de cuyos jefes se ha conservado el nombre, Optato Gildoniense. Apasionante cuestión la de la nueva manifestación de la rebeldía bereber y su expresión donatista. De Agustín de Hipona hay constancia de tres viajes a Constantina —en 395, 400 y 409—, además de otros muchos por otras ciudades de la región —como la bella Yamila—, nomadeo en el que aprovechaba para visitar y conversar con los obispos católicos de esas ciudades, y en el que comentaban sin duda los argumentos que luego desarrollaría en sus abundantes textos contra los donatistas, perfectamente conservados por la tradición católica. Dos años después de ese último viaje a Constantina, en Cartago se desarrolló un nuevo concilio en el que los dos cerebros de la asamblea fueron Agustín de Hipona y Petiliano de Constantina. Petiliano desplegó una actividad abrumadora, sus textos y discursos, considerados muy brillantes, equivalían a los del resto de los obispos reunidos y en la historiografía católica se le recuerda como «líder del partido derrotado». La actividad polémica de Agustín, de alguna manera, había contrarrestado la de Petiliano. Siete u ocho años después

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

del Concilio de Cartago se reunió un concilio exclusivamente donatista: sólo quedaban 30 obispos, cuando habían llegado a ser 400 en sus mejores tiempos. Petiliano murió en el exilio, fuera de su ciudad, después del año 420, cuando cada vez más gente, a los que él seguía considerando «desertores», retornaba a la iglesia católica tan ardientemente defendida por el obispo de Hipona. Pero el hundimiento de aquel imperio romano y cristiano y el peligro para aquella iglesia romana que tanto había defendido Agustín, y de la que se había querido desmarcar Petiliano, estaba próximo. Tras la irrupción de los vándalos de Geiserico, la iglesia donatista siguió todavía activa en África.

Pero se avecinaban otros tiempos. Y, tal vez, la figura de Petiliano de Constantina precise aún de una aproximación —como la de Agustín, aunque éste haya sido mimado por la historiografía de todos los tiempos— con enfoques nuevos, sin ortodoxias fijadas de antemano, más allá de lenguajes religiosos, anacrónicos ya, partidistas y empequeñecedores.

El oriente argelino moderno. Nacimiento de una frontera en el siglo XVI, en el eje Constantina-Annaba

Realmente, el *Africa Nova* se había convertido en una de las zonas vitales del Magreb. El eje constituido por la montañosa Cabilia, los llanos de Setif y la region de M'Sila —y hasta las actuales Buira y Medea—, constituyeron una verdadera bisagra articuladora de las sucesivas irrupciones extranjeras en la zona. Si la irrupción de vándalos y bizantinos, que llegaron hasta Tingad por el sur, se centraron sobre todo en Túnez y el oriente argelino, la irrupción árabe tuvo a ese eje y a esas regiones númido-bereberes durante un tiempo como obstáculo para su fijación magrebí. Ya nos hemos referido a Kusayla y a la maga Kahina, símbolos de la resistencia bereber a los nuevos extranjeros. También a aquel relato popular tradicional de la huida de Yala de la Qalaa de los Banu Hammad a la llegada de la segunda gran oleada árabe en el siglo XI, y de la participación de los bereberes Kotama en la expansión chií fatimita. Pero la islamización fue total y, con la capitalidad mantenida de la antigua Cirta, el oriente argelino giró en la órbita tunecina con los Hafsíes, cuando éstos tenían la fuerza o el prestigio suficientes como para mantener esa hegemonía.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6